

CRÓNICA DEL VIAJE CAMINERO A GUADALUPE (16-18 / 09 / 2011)

Son las 7,45 de la mañana del viernes 16 de septiembre de 2011. Estoy plácidamente sentado en un banco de la Plaza madrileña de Alonso Martínez a la espera de mis compañeros y amigos de viaje. Miro con asombro las concurridas calles de la ciudad en las que un río de coches se disputan los espacios y huyen despavoridos buscando las salidas que les acerquen a los lugares de trabajo. Frente a mí, las bocas del Metro vomitan sin cesar un público nervioso que camina hormigueando con el peso del sueño en sus rostros. Entre ellos, con un paso diferente, reposado, sin atisbo de prisas, como si el tiempo no contara, con la mochila al hombro y el bastón caminero en las manos, tres hombres ya de cierta edad se me acercan con una sonrisa complacida en sus rostros. Nuestras figuras de peregrinos en una ciudad que se despierta cansada y dispuesta a seguir en la pelea diaria por ganar el sustento aparecen, cuanto menos, contradictorias. A nuestras espaldas, frente a una casa en fase de remodelación y mirándonos de reojo con curiosidad, se van juntando un grupo de obreros de la construcción que cuchichean nuestra desenfadada presencia, seguramente con un poco de envidia. En esos momentos, a las ocho en punto, como es norma sabida en él, aparece el coche todoterreno pintado con el anagrama de los Amigos de los Caminos Reales de Guadalupe de Antonio Dávila, su Presidente y nuestro guía en esta nueva aventura. Desde el grupo de obrero, una voz da el aviso: “¡Mira, tú, estos tíos van a tu tierra!”. “¡Y a la mía!”, responde orgulloso otro nuevo que en esos momentos se les incorpora. Es la grandeza –y la pena– (decimos nosotros), de constatar cómo en cualquier grupo de hombres, sean de la profesión que sean, siempre hay extremeños fuera de su tierra.

Pero hoy no es tiempo para tristezas. El grupo de los cinco hombres hemos emprendido viaje hacia El Puente del Arzobispo para, desde el mismo pie del puente medieval que vuela sobre el padre Tajo, abrir caminando una nueva parte del Camino Real de Guadalupe, sendero que en su mayor recorrido coincide con el proyecto del Geoparque de La Jara-Los Ibores-Las Villuercas, que mañana sábado 17 esperamos sea aprobado por la Comunidad Europea. La plaza del pueblo es testigo del encuentro con otros peregrinos que se nos unen y de nuestra alegría de saludar a Isabel, a Chana y a Juan que por sus propios medios han venido desde Colmenar Viejo y Villalba, así como a Rocío, una simpática guadalupense, presidenta de la Asociación de Senderistas del

pueblo de Guadalupe, que ha querido unirse con el grupo y aportar su gran experiencia por los caminos de las Villuercas.



El Puente del Arzobispo, lugar de arranque de nuestro viaje caminero

A las 11, mochila al hombro, sombrero en la cabeza y bastones en las manos, con tanta ilusión como fuerza tiene el calor que a esas horas de la ya avanzada mañana, emprendemos la marcha que nos llevará por entre hermosas encinas de la dehesa toledana hasta el primer punto de descanso, Villar del Pedroso. Los humanos nos hemos acostumbrado en estos últimos tiempos de prosperidad a viajar mucho, a conocer hermosas ciudades, muchos lugares de turismo dirigido, pero hemos olvidado lo más importante: a caminar y conocer las olvidadas rutas por donde caminaban nuestros antepasados; a sufrir los rigores del tiempo a cambio de entregarnos la naturaleza su más preciados tesoros. No hay punto de comparación. Nuestros pies doloridos avanzan por entre un campo semi virgen que a cada paso nos revela una visión de postal fotográfica difícil de imaginar. A cada vuelta del camino, una sorpresa: Una mastodónica y centenaria encina comparte el espacio con los minúsculos y bellísimos lirios que nos regalan su suave e irreplicable aroma. Junto a la sequedad y dureza del terreno en estos finales del verano, el tenue arrullo de un regato dibuja la línea verde de sus junqueras desde donde nos saludan los trinos de desconocidas aves, haciendo que el viajero vuelva a recuperar los recuerdos de su infancia.

Antonio Dávila, nuestro “Ángel Guía”, aunque ya hace tiempo que con otros miembros de la Asociación han marcado los caminos con flechas indicadoras, se nos va adelantando con el coche y marcando los distintos cruces de los caminos haciendo más fácil nuestra orientación. Sudorosos, cansados por el agobiante calor y el polvo de los resecos caminos, a las 14,30, entramos sedientos por las calles del Villar del Pedroso para reponer fuerza. Todo está estudiado por los organizadores y comemos de nuestras propias vituallas en el bar del pensionista del pueblo en donde disponemos de un amplio salón, fresco y confortable. Pero no es el momento de relajarse, pues nos queda la mitad del camino por recorrer por abruptos caminos de tierra y el sol nos espera con sus más encendidos rayos. A las 15,00 horas, pasando por el monumento del berraco que tienen el pueblo, retomamos la senda real hasta alcanzar el final de nuestra primera jornada: Carrascalejos, ya en plena Comarca de La Jara, en cuyo pueblo y en una bonita y moderna urbanización con los típicos chozos extremeños, vamos a descansar por esta noche, después de asearnos, comer en un buen bar, en los que somos recibidos por el Alcalde del pueblo y Diputado nacional, el querido amigo Amador Álvarez, comprometido y amante de nuestros proyectos de reactivar las rutas turísticas hacia Guadalupe.



El hermoso bosque extremeño con los alcornoques descorchados

La segunda jornada será aún más dura –y también más hermosa– que la anterior. Con los párpados cerrados por el sueño emprendemos la marcha hacia la sierra por la angostura que forman dos altos pináculos a los que los lugareños llaman *Las Perdías*. El terreno se endurece y es a cada paso más abrupto llegando por momentos a formar parte de un cortafuego asolado por desprendidas pedreras de cuarcita que bajan de lo alto del monte y en el que crecen sin problemas las aceitosas jaras y las duras retamas. Son dos kilómetros de una subida sin descanso que hacen acortar el paso y acelerar el pulso. Tiempo de sufrimiento para el cuerpo, pero de plena alegría para el espíritu del que quiera contemplar la naturaleza en todo su esplendor. Atrás, a lo lejos y al fondo del valle, va quedando el caserío mientras el amanecer tiñe de rojos velazqueños los montes que le rodean. ¡Cuántas experiencias bellas va perdiendo el hombre capitalino!



Antonio Trialaso rodeado de mujeres

Cuando por fin alcanzamos la carretera, hemos dado un buen paso hacia adelante. Nuestra alegría aumenta cuando subiendo por ella hacia el puerto de Arrebatacapas, dos nuevos peregrinos se unen al grupo: Antonio Valdés y su esposa Marisa, de Móstoles, bregados excursionistas por todos los caminos de España y personas fundamentales en este nuevo proyecto. Un descanso para tomar fuerzas, refrescarse y volver a dejar la carretera para tomar de nuevo el camino descendente, por entre brañas cubiertas de tupida vegetación que hacen

que el caminar sea, en algunos momentos, penoso y en el que solamente la fe y el tesón de los peregrinos consiga vencer las dificultades. El premio, los momentos de descanso en Navatrasierra donde la familia de Antonio Dávila y la del nuevo incorporado, Antonio Trialaso nos preparado y buen desayuno y una cesta llena de deliciosos higos *cuello de dama* cogidos esa misma mañana por su cuñado. Alegres, solidarios en el esfuerzo, con nuevos bríos que nos da el refrigerio, emprendemos la marcha por caminos entre montes cubiertos de madroñeras, fresnos, pinos y robles que hacen más llevadero el esfuerzo. La sierra extremeña es generosa para quien la cuida y la disfruta ofreciendo una panorámica indescriptible de color. Por entre los tupidos ramajes, el bramido de los machos en celo nos señalan el tiempo de la *berrea* y no es nada extraño la agradable sorpresa de encontrarnos alguna cierva que se mueve asustada y temblorosa obediente a la llamada. Hemos dejado los caminos de cabras y ahora marchamos, siempre picando hacia arriba, sobre el asfalto de la carretera hasta llegar al lugar que denominan *los horcones*, lugar preparado para el descanso de los numerosos viajeros que por el lugar se mueven. Una tupida arboleda da sombra a las mesas de cemento donde compartiremos *vino y mantel* todos los peregrinos.



La dureza del recorrido se refleja en las caras de los caminantes

Si algo bueno tienen estos viajes peregrinos, aparte de su finalidad religiosa o turística, ya de por sí compensatoria, son los momentos de

camaradería, el tratar a las gentes que te acompañan fuera de los condicionamientos sociales a los que en sociedad todos estamos sujetos y que, en muchos casos, desvirtúan su natural personalidad ofreciéndonos otra cara muy distinta de la real. Aquí, ahora sentados en las mesas, disfrutamos de la cara más amable de los caminantes. Todo el mundo está contento y con ánimo de pasar un buen rato. El vino fresco con gaseosa y las cervezas traídas por Antonio desde Navatrasierra acompañan a las viandas que cada uno aporta de su mochila y que se comparte con los demás. Es el momento de las risas, de las burletas sobre la marcha por los pedregosos caminos, de los chistes picantes que hacen salir las mejores carcajadas de labios femeninos, de explicaciones sobre experiencias anteriores, de nuevos proyectos para el futuro de la Asociación... de la siesta reparadora a la sombra de cualquier fornido árbol, o tiempo para reparar algún que otro desaguizado en los pies de algún caminante poco prevenido. La comida concluye con un extra no previsto: la diligente pareja formada por la hermana de Antonio y su esposo, siempre atentos a nuestras más mínimas necesidades, han hecho el trayecto desde su casa y nos han acercado café e infusiones con pasta que dan fin al succulento festín que entre todos hemos organizado. Qué poco se necesita para sentirse felices y qué fácil es compartir con los demás lo que tenemos, cuando se crean los ambientes propicios para ello. Esa es la mejor enseñanza que podemos sacar de estos agradables encuentros.



Hermosa imagen sobre viejos caminos resistiendo al tiempo

Reconfortados en lo físico tanto como en lo espiritual, con las fuerzas recuperadas, emprendemos nueva marcha que nos llevará, durante cerca de tres horas y por lugares privilegiados hasta el final de la segunda etapa: el antiguo Hospital del Obispo, antiguo lugar de descanso de los peregrinos que hacían esta ruta, hoy en su mayor parte arruinado o en manos de particulares que han hecho de su capilla lugar de esparcimiento para los fines de semana. A las puertas de la finca, una escondida fuente nos suministra su fresco contenido, tan necesario para la marcha de la siguiente y última jornada. Como no hay en la zona lugar para dormir con la suficiente garantía, nuestro previsor guía ha preferido regresar en automóvil a los chozos de Carrascalejos, descansar cómodamente y emprender la marcha al día siguiente desde esta misma fuente del Hospital del Obispo, regresando a ella en automóvil.



Un merecido descanso a la sombra de una tupida madroñera

Pero queda mucha tarde y mucha noche hasta ese ansiado momento. Antonio Trialaso, que también es de Navatrasierra y que en el pueblo tiene casa, junto con su bella esposa, no han querido ser menos y han decidido que la cena la hagamos en su “era”, lugar donde levantaron una sencilla pero cómoda casita de campo, donde hace tres años se fundó la Asociación según consta en una plancha de madera labrada a fuego y donde en la piscina, ansiosos de refrescar nuestros cuerpos, nos damos

ahora un chapuzón que afloje los endurecidos músculos del cuerpo. Sentados a la mesa, con un buen vino que nos “vende” el bueno de Antonio bien acompañado de un excelente queso casero, aparece un enorme puchero con un succulento guiso de patatas con costillas y chorizo que hace estremecernos de placer después de dos días sin probar comida caliente. De pronto, un grito ensordecedor llama nuestra atención: Antonio Dávila ha recibido de primera mano, desde Bruselas, la noticia de que el Geoparque de Ibores-Jara-Villuercas, tan importante para el futuro turístico de esta zona, ha sido aprobado por las autoridades europeas. Extremadura debe de estar contenta por esta nueva ayuda que tanto trabajo por parte de los lugareños ha costado conseguir. También nosotros nos adherimos al contento y nos felicitamos por ello.



Las luces de la amanecida nos cogen ya en el camino

A las seis de la mañana todo el mundo se ha puesto en pie para regresar al Hospital del Obispo. Llenas las cantimploras con la reconfortante agua de la fuente, a las 7 horas de la mañana, emprendemos la última jornada caminera que nos conducirá hasta la tan añorada puebla de Guadalupe. El primer tramo del camino es muy duro, simples caminos de tierra atraviesan los montes de las Villuercas por donde caminamos por entre frondosas jaras que dificultan nuestro avance y arañan nuestras carnes; en más de una ocasión hemos de volver a reencontrar la senda perdida, toda vez que las pequeñas linternas que

algunos de los peregrinos llevan en sus frentes no son capaces de borrar las sombras de la noche y tan sólo el previsor guía, que se adelanta unos kilómetros con el todoterreno y que con sus potentes faros nos señala la dirección a seguir, consigue que el éxito de la marcha sea la esperada. Una segunda parte del trayecto, con un camino ancho y bien asentado por lo que los conocedores del terreno llaman la finca de *El Cubero* hacen que el caminar sea más rápido y que el cansancio disminuya, hasta alcanzar el último tramo de dificultad de estas sierras interminables. El sol va abriendo la oscura cortina de la noche; el cielo extremeño, tan alto y tan limpio va pintándose de luminosos colores, mientras las primeras aves de la mañana buscan los ansiados comederos en estas altas serranías; el bramido de los ciervos en celo vuelven a escucharse por entre el tupido bosque de pinos y en más de una ocasión, en el tramo que llaman la *Carrera del Caballo*, la desbandada de los jabalíes ante nuestra inesperada presencia rompe la monotonía del cansino peregrinar y altera el tranquilo caminar de las mujeres. Uno mira de frente y el camino, siempre de subida, parece no tener fin y, resignados, avanzamos sofocados sabiendo que tenemos ganarle tiempo a la mañana antes de que el temido sol se levante definitivamente en el cristalino cielo.



Las mujeres pudieron con la dureza del camino

Cualquier observador se dará cuenta que el bosque va cambiando conforme los cansinos pasos nos acercan a las cumbres; el pino,

omnipresente hasta estos momentos, va perdiendo presencia ahora relegado por los fresnos, robles y castaños que van formando una umbría muy agradable para el caminante. Estos últimos, los castaños, poderosos y tupidos árboles gigantes de estas serranías, con sus enormes hojas de un intenso verde-azulado, podemos contemplarlos cuajados de frutos que forman una extraña imagen de erizos punzantes. Rocío, la guapa guadalupana que camina a mi lado, nos explica que este fruto no es de calidad y se deja para el engorde de ganado, siendo la madera el verdadero objetivo de las repoblaciones de este hermoso árbol. En una explanada del camino, frente a un pabellón de caza, bajo una gigantesca madroñera, hacemos un merecido descanso para refrescarnos y tomar unos frutos secos que nos repongan las fuerzas gastadas a lo largo de la mañana. Risas, bromas, comida de camaradería y nuevamente dispuesto a emprender la marcha hasta el *Humilladero*, hermosa ermita en lo alto de un cerro desde donde se divisan las torres del monasterio y que da entrada al valle donde se encuentra la puebla. Nuevos peregrinos nos están esperando en este estratégico punto y otra Rocío, también guadalupana inicia la bajada con el grupo.



“Los Chozos”, en Carrascalejos, nuestro cuartel general

Todo el camino es ya de bajada, teniendo el monasterio como punto de referencia, pero no por ello, a estas alturas del viaje resulta menos penoso. El camino, que sigue la antigua conducción de aguas desde lo

más alto de la montaña está descuidado y cubierto de matorrales que se enredan en nuestras piernas dificultando el avance. El ansia de llegar al lugar hace que los cuatro kilómetros que faltan se hagan interminables, mientras que el calor hace de nuevo presencia y roba el sudor de nuestros cuerpos. Cuando por fin pisamos la calle real, todo el cansancio desaparece. Son las doce menos cinco de una luminosa mañana y las campanas del Monasterio llaman al Santo Oficio. Llenos de polvo, con los macutos a cuestas y los palos en las manos, muchos peregrinos entramos en la iglesia abarrotada de un público venido de todo el mundo que, como nosotros, se han acercado a rendir homenaje a la patrona de Extremadura y de la Hispanidad: Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe, que, me parece a mí, se sonríe en su camerino viendo el fervor de todos sus hijos: los que han venido en coche y los que desde distintos puntos de la geografía extremeña lo hemos hecho a pie. A todos recibe con el mismo amor de madre y delante de su altar prometemos hacer de nuevo el camino.

Buen viaje y **to p'adelante**, como marca el eslogan de los Amigos de los Reales Caminos a Guadalupe.



Y al final del viaje... Guadalupe

